

PAPÁ GORIOT

*Al grande e ilustre Geoffroy Saint-Hilaire,
como testimonio de admiración
por sus trabajos y su genio*

DE BALZAC

La señora Vauquer, cuyo apellido de soltera es De Conflans, es una anciana que tiene en París desde hace cuarenta años una pensión burguesa establecida en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, entre el Barrio Latino y el *faubourg* Saint-Marceau. Esta pensión, conocida con el nombre de Casa Vauquer, admite igualmente hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, y esto sin que la maledicencia haya atacado jamás la moralidad de este respetable establecimiento. Bien es cierto que, desde hacía treinta años, no se había visto allí joven ninguna y que para que se alojase en ella un joven era preciso que la pensión fijada por su familia fuese bien mezquina. No obstante, en 1819, época en que comienza este drama, se encontraba allí una pobre muchacha. Por grande que sea el descrédito en que ha caído la palabra drama a causa de la manera abusiva y torcida con que ha sido prodigada en estos tiempos de literatura dolorosa, se hace necesario emplearla aquí, y no porque esta historia sea dramática en el verdadero sentido del vocablo; pero, una vez terminada su lectura, es posible que se hayan vertido algunas lágrimas tanto *intra* como *extra muros*. ¿Será comprendida fuera de París? La duda está permitida. Las peculiaridades de esta escena, llena de observaciones y de color local, no pueden ser apreciadas sino en el espacio

que media entre las colinas de Montmartre y las alturas de Montrouge, en este ilustre valle de construcciones cercanas siempre a la ruina y de arroyos negros de cieno; valle henchido de dolores reales, de alegrías con frecuencia falsas y tan terriblemente agitado que se necesita algo exorbitante para producir en él una sensación que dure algún tiempo. Sin embargo, se encuentran en él, acá y allá, dolores que la aglomeración de los vicios y de las virtudes hacen grandes y solemnes: a su vista, los egoísmos y los intereses se detienen y se apiadan, pero la impresión que en él reciben es como la de un fruto sabroso rápidamente devorado. El carro de la civilización, semejante al del ídolo de Jaggernat, apenas retrasado a veces por un corazón menos fácil de triturar que los demás y que hace atascarse el giro de sus ruedas, lo quiebra al punto y continúa su marcha gloriosa. Del mismo modo haréis vosotras, las que sostenéis este libro en vuestra blanca mano, arrellanándoos en un muelle sillón y diciéndoos: «Es posible que esto me entretenga». Después de haber leído los secretos infortunios de papá Goriot cenaréis con apetito, disculpando vuestra insensibilidad a costa del autor, tachándole de exagerado y acusándole de poeta. ¡Ah! Sabedlo: este drama no es ni una ficción ni una novela. *All is true*, es tan verdadero que cada cual puede reconocer sus elementos quizá en su propio corazón.

La casa en que se halla la pensión burguesa pertenece a la señora Vauquer y está situada en la parte baja de la calle Neuve-Saint-Genève, allí donde el terreno desciende tan bruscamente hacia la calle de la Arbalète que los caballos la suben o la bajan rara vez. Tal circunstancia favorece el silencio que reina en las calles que se encuentran entre la iglesia del Val-de-Grâce y la del Panteón, dos monumentos que cambian las condiciones de la atmósfera, vertiendo en ella tonos amarillos y ensombreciéndolo todo con las oscuras tintas que proyectan sus construcciones. Allí el pavimento

está seco, los arroyuelos no llevan agua ni cieno y la hierba crece a lo largo de los muros. El hombre más indiferente se siente entristecido allí, como todos los transeúntes, y el ruido de un coche se convierte en un acontecimiento; las casas son lóbregas y los muros recuerdan los de una prisión. Un parisiense extraviado no vería allí más que pensiones burguesas o instituciones benéficas, miseria o aburrimiento, ancianidad que muere o alegre juventud sujeta al trabajo. No hay barrio alguno en París más horrible ni, digámoslo, más desconocido. La calle Neuve-Sainte-Geneviève es como un marco de bronce, el único que conviene a este relato, para el cual no se prepararía nunca lo bastante la inteligencia por medio de colores sombríos y de ideas graves; del mismo modo que, de escalón en escalón, disminuye la luz y el canto del guía se ahueca a medida que el viajero desciende a las catacumbas. ¡Comparación exacta! ¿Quién podrá decidir qué es más horrible de contemplar, si unos corazones secos o unos cráneos vacíos?

La fachada de la pensión da a un jardincillo, de suerte que la casa queda colocada en ángulo recto frente a la calle Neuve-Sainte-Geneviève, desde la cual la veis cortada en el sentido de su profundidad. A lo largo de esta fachada, entre la casa y el jardincillo, se extiende un empedrado en hondonada, de una anchura de una toesa, ante el cual corre una avenida enarenada, bordeada de geranios, adelfas y granados plantados en grandes tiestos de loza azul y blanca. Se entra en la avenida por un postigo, coronado por un letrero en el que se lee: *Casa Vauquer*, y debajo: *Pensión burguesa para ambos sexos y demás*. Durante el día, una puerta enrejada provista de una campanilla de sonido agudo permite distinguir al extremo del pequeño empedrado y en el muro frontero a la calle un arco imitando mármol verde, pintado por un artista del barrio. Bajo el saliente que simula dicha pintura, se eleva una estatua representando al Amor. A la

vista del barniz en escamas que le cubre, los aficionados a los símbolos descubrirían quizá en ella un mito del amor parisiense que a pocos pasos de allí cura sus lacras. Bajo el zócalo, esta inscripción, casi borrada, recuerda el tiempo a que se remonta este adorno, a juzgar por el entusiasmo que muestra por Voltaire, vuelto a París en 1777:

Quienquiera que seas, he aquí a tu dueño:
lo fue, lo es o ha de serlo.

Cuando cae la noche, se reemplaza la puerta con reja por otra maciza. El jardincillo, del mismo ancho que la longitud de la fachada, se encuentra encajonado entre el muro de la calle y el medianero de la casa contigua, a lo largo del cual pende un tapiz de hiedra que la oculta por completo y atrae las miradas de los transeúntes a causa de su aspecto, que es, en París, pintoresco. Cada uno de estos muros está cubierto de espalderas y de parras cuyos frutos raquíticos y polvorientos son el objeto de los temores, repetidos periódicamente cada año, de la señora Vauquer y de sus conversaciones con los huéspedes. A lo largo de cada muro corre una avenida estrecha que conduce a una enramada de tilos, palabra que la señora Vauquer, aunque descienda de los Conflans, pronuncia obstinadamente *tilios*, pese a las observaciones gramaticales de sus huéspedes. Entre las dos avenidas laterales hay un cuadro de alcachofas flanqueado de árboles frutales en forma de huso y bordeado de acederas, lechuga o perejil. Bajo la enramada hay una mesa redonda pintada de verde y rodeada de sillas. Durante los días caniculares van allí los comensales lo bastante ricos para poderse permitir la degustación de un café, saboreándolo bajo un calor como para incubar huevos. La fachada, de tres pisos de alta y coronada de buhardillas, está construida en piedra tosca y embadurnada con ese color amarillo que da un carácter innoble a casi todas las casas de París. Las cinco

ventanas que se abren en cada piso son de vidrios pequeños y están provistas de celosías, de las cuales ninguna está levantada del mismo modo, de suerte que todas sus líneas se oponen entre sí. En el sentido de su profundidad, la casa tiene dos ventanas que en la planta baja están adornadas con barrotes de hierro cruzados. Detrás del edificio hay un patio de una anchura aproximada de veinte pies, en el que viven en buena armonía cerdos, gallinas y conejos, y en cuyo fondo se levanta un cobertizo para guardar la leña. Entre este cobertizo y la ventana de la cocina cuelga la fresquera, bajo la cual caen las aguas sucias del fregadero. Este patio tiene una puerta estrecha que da a la calle Neuve-Sainte-Geneviève, por la que la cocinera arroja la basura de la casa, limpiando esta sentina con gran abundancia de agua, so pena de pestilencia.

Naturalmente destinada a la explotación de la pensión burguesa, la planta baja se compone de una primera pieza iluminada por las dos ventanas que dan a la calle, y a la cual se entra por una puerta vidriera. Este salón comunica con un comedor, separado de la cocina por la caja de una escalera cuyos peldaños son de madera y de ladrillos descoloridos y desgastados. Nada tan triste de ver como este salón amueblado con sillones y sillas de tejido de crin con franjas brillantes y mates alternadas. En el centro se encuentra una mesa redonda con tapa de mármol de Santa Ana, adornada con un servicio de bebidas de porcelana blanca con filetes dorados, borrados casi, como los que hoy se encuentran en todas partes. La habitación, bastante mal entarimada, tiene un zócalo de madera hasta la altura de un metro. El espacio restante de las paredes está cubierto con un papel pintado representando las escenas principales del *Telémaco*, y cuyos personajes clásicos están coloreados. El lienzo de pared que se encuentra entre las ventanas enrejadas ofrece a los huéspedes el cuadro del festín dado al hijo de Ulises por

Calipso; pintura que desde hace cuarenta años provoca las bromas de los huéspedes jóvenes, que se creen superiores a su situación, burlándose de la comida a que les condena la miseria. La chimenea de piedra, cuyo hogar siempre limpio prueba que no se enciende en ella el fuego sino en las grandes ocasiones, está adornada con dos jarrones llenos de flores artificiales, envejecidas y enjauladas, que acompañan a un reloj de mármol azulado del peor gusto. Esta primera habitación exhala un olor para el que la lengua no tiene nombre y al que habría que llamar *olor de pensión*. Huele a cerrado, a enmohecido, a rancio; da frío, produce la humedad en la nariz, penetra a través de la ropa; tiene el gusto de una habitación en la que se ha comido; apesta a servicio, a cocina y a hospicio. Acaso podría describirse, si se inventase un procedimiento para evaluar las cantidades elementales y nauseabundas que en él arrojan las atmósferas catarrales y *sui géneris* de cada huésped, joven o viejo. Pues bien, a pesar de estos vulgares horrores, si lo comparáis con el comedor contiguo, encontraréis el salón tan elegante y perfumado como debe estarlo un *boudoir*. Esta pieza, revestida por completo de madera, estuvo en otro tiempo pintada de un color que hoy ya no se distingue y que forma un fondo sobre el cual la grasa ha impreso sus capas hasta el punto de dibujar en él extrañas figuras. Está guarnecida de aparadores de superficie viscosa sobre los cuales se ven jarros desportillados y oscurecidos, discos de rejilla metálica y pilas de platos de gruesa porcelana con bordes azules fabricados en Tournai. En un ángulo se encuentra una caja con casilleros numerados que sirve para guardar las servilletas manchadas o de color de vino de cada huésped. Hay, además, esos muebles indestructibles, proscritos de todas partes, pero colocados allí como lo están en el Hospital de los Incurables los despojos de la civilización. Veríais un barómetro con un capuchino que sale cuando llueve; unos

grabados execrables que quitan el apetito, todos ellos con marcos negros barnizados con filetes dorados; un reloj de concha con incrustaciones de cobre; una estufa de color verde; unos quinqués de Argand, en los que el polvo se mezcla con el aceite; una larga mesa cubierta de un hule lo bastante grasiento para que un bromista de fuera de la casa escriba en él su nombre sirviéndose de su propio dedo como de un estilo; unas sillas maltrechas; unas esterillas lamentables de esparto que se deshilacha constantemente sin deshacerse nunca del todo, y calentadores miserables con las rejillas rotas, las bisagras estropeadas y la madera carbonizada. Para explicar hasta qué punto este mobiliario es viejo, desportillado, podrido, cojo, roído, manco, tuerto, inválido y expirante, sería preciso hacer de él una descripción que retardaría demasiado el interés de esta historia, y las personas impacientes no me perdonarían. El rojo enlosado está lleno de depresiones producidas por el uso o por las capas de color. En una palabra, allí reina la miseria sin poesía; una miseria económica, concentrada, raída. Si todavía no tiene fango, tiene ya manchas; si no presenta rotos ni andrajos, pronto caerá podrida.

Esta pieza se encuentra en todo su esplendor en el momento en que, hacia las siete de la mañana, el gato de la señora Vauquer, precediendo a su ama, salta sobre los aparadores, olfatea en ellos la leche contenida en varias gamellas cubiertas con platos y deja oír su ronroneo matinal. Al punto aparece la viuda, engalanada con su gorro de tul bajo el que pende un moño postizo mal colocado; anda arrastrando sus zapatillas gesticulantes. Su rostro envejecido y adiposo, de en medio del cual sale una nariz de pico de loro, sus manos gordezuelas, su cuerpo rechoncho como el de una rata de iglesia y su busto demasiado abundante y que oscila están en armonía con esta habitación que rezuma la desgracia, donde se agazapa la especulación y cuyo aire cálidamente

fétido respira la señora Vauquer sin sentir repugnancia. Su rostro fresco como una primera helada de otoño, sus ojos arrugados, cuya expresión pasa de la sonrisa prescrita a las bailarinas al ceño amargo de usurero; en suma, toda su persona explica la pensión, de igual modo que la pensión implica su persona. No hay prisión sin cómitre; no podríais imaginaros a la una sin el otro. La gordura descolorida de esta mujercilla es el producto de tal vida, así como el tifus es la consecuencia de las emanaciones de un hospital. Su zagalejo de punto de lana, que asoma por debajo de su falda hecha de un vestido viejo y cuya guata se escapa por las hendiduras de la tela agrietada, es cifra y resumen del salón, del comedor y del jardincillo, anuncia la cocina y hace presentir los huéspedes. Cuando ella se encuentra allí, el espectáculo es completo. La señora Vauquer, que frisa en los cincuenta años, se parece a todas las mujeres *que han tenido desgracias*. Tiene los ojos vidriosos y el aire inocente de una celestina que se enfurruña para hacerse pagar aún más caro; aunque, por otra parte, esté dispuesta a todo para aliviar su suerte: a entregar a Georges o Pichegru si pudiesen todavía ser entregados. Sin embargo, es *buena mujer en el fondo*, según dicen sus pupilos, que la creen sin fortuna al oír la gemir y toser como ellos. ¿Qué había sido del señor Vauquer? Jamás daba explicación alguna acerca del difunto. ¿Cómo había perdido su fortuna? «En sucesos desgraciados», contestaba. Se había conducido mal con ella y no le había dejado más que los ojos para llorar, aquella casa para vivir y el derecho de no compadecer ningún infortunio, porque, como decía ella, había sufrido ya todo cuanto es posible sufrir. Al oír corretear a su ama, la gruesa Sylvie, la cocinera, se apresuraba a servir el almuerzo de los huéspedes internos.

Generalmente, los huéspedes externos no se abonaban más que a la comida, que costaba treinta francos al mes. En la época en que comienza esta historia, los internos

eran siete. En el primer piso estaban las dos habitaciones mejores de la casa. La señora Vauquer ocupaba la menos buena y la otra pertenecía a la señora Couture, viuda de un ordenador de pagos de la República francesa. Tenía consigo a una muchachita muy joven llamada Victorine Taillefer, a la que servía de madre. El hospedaje de estas dos señoras ascendía a mil ochocientos francos. De las dos habitaciones del segundo, la una estaba ocupada por un anciano llamado Poiret; la otra, por un hombre de unos cuarenta años, que llevaba una peluca negra, se teñía las patillas, decía haber sido comerciante y se llamaba señor Vautrin. El tercer piso se componía de cuatro habitaciones, dos de las cuales estaban alquiladas, la primera por una solterona llamada señorita Michonneau; y la otra por un exfabricante de fideos, de pastas de Italia y de almidón, que se dejaba llamar papá Goriot. Los otros dos cuartos estaban destinados a las aves de paso, a estudiantes infortunados que, como papá Goriot y la señorita Michonneau, no podían disponer más que de cuarenta y cinco francos al mes para su comida y alojamiento; pero la señora Vauquer deseaba poco su presencia y no los tomaba sino cuando no encontraba cosa mejor: comían demasiado pan. En la actualidad, una de aquellas dos habitaciones pertenecía a un joven venido de los alrededores de Angulema a París para hacer su licenciatura en Derecho y cuya numerosa familia se sometía a las más duras privaciones a fin de enviarle mil doscientos francos al año. Eugène de Rastignac, que así se llamaba, era uno de esos jóvenes hechos al trabajo por la desgracia, que comprenden desde su edad temprana las esperanzas puestas en ellos por sus padres y que van preparándose una buena situación, calculando ya el alcance de sus estudios y que los adaptan de antemano al movimiento futuro de la sociedad para ser los primeros en exprimirla. Sin sus observaciones curiosas y la habilidad con que había sabido introducirse en los salones

de París, este relato hubiera carecido del colorido de tonos reales que va a deberle sin duda a su espíritu sagaz y a su deseo de descubrir los misterios de una situación espantosa, ocultada tan cuidadosamente por los que la habían creado como por aquel que la sufría.

Encima de este tercer piso había un granero para tender la ropa y dos buhardillas en las que dormían un mozo llamado Christophe y la gruesa Sylvie, la cocinera. Aparte de los siete huéspedes internos, la señora Vauquer tenía, un año con otro, ocho estudiantes de derecho o de medicina y dos o tres clientes que vivían en el barrio, abonados todos ellos sólo a la comida. Dieciocho personas se reunían a comer en el comedor, que podía admitir hasta una veintena; pero por la mañana no se encontraban más que los siete huéspedes, cuyo grupo ofrecía durante el almuerzo el aspecto de una comida de familia. Todos bajaban en zapatillas y se permitían observaciones confidenciales respecto a la ropa o al aspecto de los externos y sobre los incidentes de la velada del día anterior, expresándose con la confianza de la intimidad. Estos siete huéspedes eran los niños mimados de la señora Vauquer, que les medía con una precisión de astrónomo los cuidados y los miramientos, según la cifra de sus pensiones respectivas. Una misma consideración envolvía a aquellos seres que el azar había reunido. Los dos inquilinos del segundo no pagaban más que setenta y dos francos al mes. Esta baratura, que no se encuentra sino en el *faubourg* Saint-Marcel, entre la Bourbe y la Salpêtrière y de la que la señora Couture era la única excepción, revela que aquellos huéspedes debían encontrarse bajo el peso de desgracias más o menos patentes. Así pues, el espectáculo desolador que ofrecía el interior de la casa se repetía en la indumentaria de sus clientes, tan destrozada como aquélla. Los hombres llevaban levitas cuyo color había llegado a ser problemático, un calzado como el que se arroja al pie de los guardacantones en los barrios elegantes, ropa